

# El Retorno de los Heraclidas

ANTONIO LÓPEZ EIRE

RESUMEN: Un detenido examen de las leyendas que hacen referencia al «retorno de los Heraclidas», nos lleva a considerar que una de las estirpes griegas —los dorios— no se mantuvo alejada desde un principio de los restantes linajes helénicos. No parece pueda deducirse de la llamada «invasión doria» el consiguiente derrumbamiento del mundo micénico. El pertinente estudio de las distintas manifestaciones de la cultura permite afirmar que incluso el dialecto dorio-nordoccidental no se desarrolló independientemente de los demás dialectos griegos. En fin, se termina diciendo que junto a eteocretenses y cidones, cohabitaban en Creta los dorios y aqueos.

SUMMARY: The so-called Dorian Invasion is one of the most controversial subjects of the history of ancient Greece. As it is well known, Ephorus regarded this event as the first historical fact in the history of Greece. But the process in itself was expounded by the Greeks in the form of a myth called by them «The Return of the Heraclids».

The first complete account of the «Return of the Heraclids» is given by Isocrates in his *Archidamus*, where also the term first appears. The story is recounted by the Spartan king Archidamus. He provides us with a detailed description of the adventures of the Heraclids from the death of Heracles till the conquest of the Peloponnese by his heirs.

The main purpose of the speech given by king Archidamus is that of proving the fairness of Dorian (and partly Spartan) dominion over the Peloponnese. The Heraclids, being descendants of the heroic warrior Heracles, have a right to keep Messenia under their control and to inhabit the country they dwell in. The same doctrine of the foundation of three Dorian kingdoms by the Heraclids is put forward by Plato in *The Laws*.

The most extensive account of the «Return of the Heraclids» is given by Apollodorus in his work named *The Library*. In this version of the legend the Dorian invasion is emphatically spoken of as a return (*káthodos*). Though Heracles was born at Thebes, he regarded Mycenae and Tiryns, the kingdom of his forefathers, as his true home. The word *káthodos* used by Apollodorus is regularly employed by Greek writers to refer to the return of exiles from banishment. According to Apollodorus, the Heraclids made a first attempt at invasion of the Peloponnese. As they did not succeed, they retired to Marathon and stayed there for fifty years. To sum up: The «Return of the Heraclids» is the story of the invasion and conquest of the Peloponnese by the Dorians, who were a Greek people and who were always in contact with other Greeks during their exile.

From the point of view of Archaeology —as J. Chadwick put it— the Dorians do not exist. They remain invisible. There is not a clear-cut division between Submycenaean and Proto-Geometric Style. There is not a sharp line of division at the end of the Mycenaean age, that could be interpreted as the result of the Dorian occupation of the Peloponnese after the Mycenaean collapse.

So we only have one way of answering the question of where the Dorian were before the end of the Mycenaean period: dialectological evidence.

Every dialect has sets of linguistic features that can be classified according to their relationship with the parent-language. So, for instance, *-ti* of some Greek dialects is an old feature; we call it an archaism. On the contrary, the shift of *-ti* to *-si* shared by some Greek dialects is an innovation. There is another type of dialectal feature: the election, that is, the presence in a dialect of one of the two or more possibilities offered by the parent-language. For instance: Proto-Greek had both *poti* and *proti*, *katá* and *metá*; but some dialects have one form and others have the other one.

It is quite clear that if the Dorian dialect was spoken outside of Greece, at some distance from the other Greek dialects, we could expect to see in it some innovation not shared by other Greek dialects. But this is not the case. Apart from archaisms and elections, we do not see in the Proto-Dorian dialect one single innovation not shared by other dialects as well. Hence we must infer that the Dorian dialect acquired its characteristic shape in close contact with the other Greek dialects.

En uno de los más bellos discursos de Isócrates<sup>1</sup>, tal vez sólo un panfleto político, el *Arquidamo*, aparece por primera vez en la literatura griega la exposición detallada del «retorno de los Heraclidas». El texto merece la pena, está puesto en boca del rey Arquidamo y lo presentamos seguidamente en traducción. Dice así: «Pues bien; en primer lugar, opino que es menester que yo os exponga la manera en que adquirimos Mesenia y las razones por las que os instalasteis en el Peloponeso, siendo, como sois, de origen dorio. Por ello tomaré el asunto desde lejos, con el fin de que sepáis que intentan despojaros de un país que vosotros poseéis en nada menos legítimamente que el resto de Lacedemonia».

«Después que Heracles pasó a otra vida, transformándose en dios de mortal que era, al principio sus hijos, por el poder de sus enemigos, andaban en muchos vagabundeos y peligros; tras la muerte de Euristeo se asentaron entre los dorios. A la tercera generación se llegaron a Delfos con la intención de interrogar al oráculo. El dios no respondió a lo que le preguntaron, sino que les ordenó ir a su país ancestral. Reflexionando sobre el oráculo, iban descubriendo que Argos les pertenecía por proximidad de parentesco (pues, muerto Euristeo, sólo ellos quedaban de entre los descendientes de Perseo) y Lacedemonia era de ellos por donación (pues, al ser expulsado Tíndaro del poder, una vez que Cástor y Polideuces desaparecieron de entre los humanos, habiéndole respuesto Heracles en el trono, en premio a ese beneficio y en razón del pa-

rentesco que le unía a sus hijas le concede esa región); que Mesenia había sido ocupada por los derechos del vencedor (pues, cuando Heracles fue despojado por Neleo y sus hermanos —excepción hecha de Néstor— de las vacas que traía de Eritrea, capturó esta ciudad y tras haberla ganado por la lanza, mató a los culpables y se la entrega a Néstor en depósito, convencido de su sensatez, puesto que, aun siendo el más joven, no se había asociado al delito de sus hermanos. E interpretando el oráculo de esta forma, tomando consigo a vuestros antepasados y organizando un ejército, el territorio que les pertenecía como posesión particular, lo cedieron a sus seguidores para disfrute común, y recibieron de ellos, a modo de privilegio, la realeza. Los peligros que les sobrevinieron durante la marcha y los demás hechos que no guardan ninguna relación con el presente, ¿para qué perder tiempo en referirlos? El caso es que tras haberse impuesto en combate a los que habitaban en los mencionados lugares, dividieron estos reinos en tres. Vosotros hasta el día de hoy habéis permanecido fieles a los tratados y a los juramentos que concertasteis con nuestros antepasados; por lo cual, durante el tiempo pasado os ha ido mejor que a los demás, y el futuro cabe esperar que, si seguís siendo así, lo pasaréis mejor que ahora. Pero los mesenios llegaron a tal grado de impiedad, que acecharon y mataron a Cresfontes, el fundador de la ciudad, señor del país, descendiente de Heracles, que se había convertido en su jefe. Y sus hijos, tras haber escapado a ese peligro, pasaron a ser suplicantes de esta ciudad, reclamaban

<sup>1</sup> ISÓCRATES: *Arquidamo* 16-25. Sobre el «retorno de los Heraclidas», cf. E. VITALIS: *Die Entwicklung der Sage von der Rückkehr der Herakliden*, Greifswald 1930. Z. RU-

BINSOHN: *The dorian Invasion again*, «La parola del passato» 161 (1975), 105-131.

nuestro socorro para vengar al muerto y nos hacían donación de su territorio. Y como vosotros consultasteis al dios y aquel os ordenó aceptar ese ofrecimiento y vengar a los injuriados, redujisteis por asedio a los mesenios y de esa guisa os apropiasteis del país».

«Acerca de lo que desde el principio ha sido vuestro, no he discurrido en detalle; pues la ocasión presente no nos permite recurrir a la mitología; era necesario tratar de ese asunto con más brevedad que precisión; pese a todo, creo que a través de esas indicaciones es claro para todos que poseemos el territorio que se reconoce nuestro de la misma manera que el que se nos disputa. Aquél lo habitamos porque nos lo dieron los Heraclidas y un dios lo dispuso así a través de un oráculo y en combate nos impusimos a sus antiguos dueños; éste lo recibimos de los mismos donadores, de la misma manera y haciendo uso de los mismos oráculos».

Según el rey Euripóntida, por tanto, los espartanos poseen Mesenia a justo título, en virtud de un derecho que remonta a los primeros descendientes de Heracles. También Platón establece que los Heraclidas fundaron tres reinos dorios. He aquí la conversación que sobre este punto mantienen el Ateniese y Mégilo<sup>2</sup> en *Las leyes*:

«Ateniense: Trasladémonos, Mégilo, con la imaginación a aquella época en que Lacedemonia, Argos, Mesenia y sus posesiones estaban prácticamente sometidas a vuestros antepasados. Después de eso, les pareció, al menos según la historia que se cuenta, dividir el ejército en tres partes y fundar tres ciudades: Argos, Mesenia y Lacedemonia».

«Mégilo: Perfectamente».

«Ateniense: Y el rey de Argos fue Témeno, el de Mesenia Cresfontes y los de Lacedemonia Procles y Eurístenes».

Más adelante<sup>3</sup> se refiere el ateniense a la alta estima de que debieron gozar los dorios y a su superioridad sobre los aqueos, la de los vencedores sobre los vencidos:

«Ateniense: Pues, en primer lugar, tenían en cuenta la superioridad de los Heraclidas, como jefes, sobre los Pelópidas; en segundo lugar, este ejército sobrepujaba en valor al que se había llegado a Troya, pues les habían vencido y éstos habían sido derrotados por ellos, aqueos por dorios».

Pero versión amplia, lo que se dice amplia, y pormenorizada del retorno de los Heraclidas, es la que ofrece Apolodoro en la *Biblioteca*<sup>4</sup> y dice en traducción española así:

«Una vez hubo perecido Euristeo, los Heraclidas marcharon contra el Peloponeso y capturaron todas sus ciudades. Pasado un año desde la fecha de su retorno, una plaga dominó todo el Peloponeso y un oráculo declaraba que ésta se produjo por culpa de los Heraclidas, pues habían regresado antes de lo debido. De ahí que, abandonando el Peloponeso y retirándose a Maratón, habitaran allí. Ahora bien, Tlepólemo, sin querer, mató a Licimnio (pues mientras estaba golpeando a un esclavo con su bastón se le metió por medio) antes de que ellos salieran del Peloponeso; así que Tlepólemo, huyendo con no pocos, llegó a Rodas y allí se iba asentando. Hilo se casó con Yole de acuerdo a las recomendaciones de su padre y trataba de llevar a la práctica el retorno de los Heraclidas. Por lo cual se presentó en Delfos e inquirió de qué manera regresarían. El dios contestó que retornaran tras haber esperado hasta el tercer fruto. Hilo, considerando que el tercer fruto significaba el trienio, habiendo esperado ese lapso de tiempo volvía con su ejército<sup>5</sup>... de Heracles al Peloponeso cuando Tisámenes, el hijo de Orestes, era el rey de los peloponesios. Tuvo lugar una vez más una batalla de la que resultaron victoriosos los peloponesios y en la que muere Aristómaco. Pero cuando llegaron a edad viril los hijos de Cleodeo, consultaron al oráculo sobre el retorno. Como el dios dijo lo mismo que antes, Témeno le acusó diciéndole que confiados en eso habían tenido mala ventura. A lo que el dios respondió que de las desventuras ellos mismos eran responsables, pues no comprendían los oráculos, ya que decía 'tercer fruto' no de la tierra, sino de la generación y que por 'estrecho paso' entendía el mar de amplio vientre a la derecha del Istmo. Oído esto, Témeno se disponía a preparar el ejército y construyó naves en un lugar de la Lócride que a partir de aquello se llama ahora Náupacto. Estando allí el ejército, Aristodemo fue muerto por el rayo y dejó dos hijos gemelos, Eurístenes y Procles, que tenían por madre a Argía, la hija de Antesión. Y aconteció que el ejército de Náupacto también fue a dar en una calamidad. Pues se les presentó un

<sup>2</sup> PLATÓN: *Leyes* 683 c-d.

<sup>3</sup> PLATÓN: *Leyes* 685 d-e.

<sup>4</sup> APOLODORO: *Biblioteca*, II, 8, 2.

<sup>5</sup> Hay una laguna en el texto.

adivino recitando oráculos y poseso, a quien consideraron un mago enviado por los peloponesios para daño del ejército. Hípotes, hijo de Filante y nieto de Antíoco, el hijo de Heracles, le lanzó la jabalina, le alcanzó y lo mató. Como consecuencia de este suceso la fuerza naval pereció y las naves fueron destruidas, la infantería sufrió las inclemencias del hambre y el ejército se dio a la desbandada. Y como al consultar Témeno al oráculo sobre esta calamidad, éste le ordena desterrar al matador por diez años y valerse como guía del 'Tres ojos', desterraron a Hípotes y buscaron al 'Tres ojos'. Y casualmente topan con Oxilo, el hijo de Andremon, a horcajadas sobre un caballo de un solo ojo (pues el otro le había saltado por efecto de un dardo); pues él había huido a Elide a causa de un asesinato y desde allí, pasado un año, venía de regreso. Así, pues, adivinando el sentido del oráculo, hacen de él su guía. Y enzarzándose en combate con los enemigos, les superan tanto con el ejército de guerra como con la armada naval, y matan a Tisámeneo, hijo de Orestes. Y mueren luchando con ellos los hijos de Egimio, Pánfilo y Dímate.

En cuanto a la cronología del «retorno», Tucídides<sup>6</sup> estableció que éste tuvo lugar ochenta años después de la toma de Troya; Pausanias<sup>7</sup> coincide con la estimación del historiador al afirmar que los Heraclidas regresaron «dos generaciones» después de la captura de la ciudad de Príamo y Veleo Patérculo<sup>8</sup> añade que el regreso aconteció veinte años después de que Heracles alcanzara la divinidad.

En la *Iliada*, *Dorion* es un pequeño asentamiento en el reino de Néstor, en Pilo; y Esparta no es más que un pueblecito de Lacedemonia<sup>9</sup>. En la *Odisea* aparecen los dorios habitando Creta juntamente con los aqueos, los eteocretenses, los cidones y los pelasgos<sup>10</sup>. La primera mención del retorno de los Heraclidas se debe a Tirteo; afirma en versos de su *Eunomia*, transmitidos por Estrabón<sup>11</sup>, que Zeus donó la ciudad de Esparta a los hijos de Heracles y que con ellos los dorios llegaron al Peloponeso desde el ventoso Erineo. Según Píndaro, en

cambio, el punto de partida de los dorios no fue Erineo, sino el Pindo. La verdad es que la cadena montañosa del Pindo se extiende hasta Erineo. El gran poeta beocio reconoce, además, el parentesco de los *basilées* de la venturosa Lacedemonia con los de la feliz Tesalia, pues los unos y los otros descienden de Heracles<sup>12</sup>. Y el sabio poeta es sabedor de una historia según la cual los dorios capturaron Amiclas con la colaboración de los Egidas de Tebas<sup>13</sup>. Y en otro lugar afirma que los descendientes de Pánfilo y los Heraclidas están dispuestos a permanecer en feliz coexistencia como «dorios» al pie de los ribazos del Taígeto<sup>14</sup>. Importante es la alusión a que el nombre de «dorios» lo tomaron los invasores una vez asentados en el Peloponeso. Similar opinión mantiene Heródoto al respecto, quien proporciona, aparte de eso, una serie de interesantes datos a propósito del «retorno de los Heraclidas». En efecto, según el padre de la Historia<sup>15</sup>, el linaje dorio, contrariamente al jónico (ático), anduvo errante en larguísimo peregrinar: De la Ftiótide, donde habitaba en tiempos de Deucalión, a la Histiótide; de aquí, forzados por los Cadmeos, pasan a Pindo, donde se asientan con el nombre de *Makednoi*; de Pindo a Driópide, y de allí al Peloponeso, donde la estirpe tomó la denominación de «dórica». Habla también Heródoto de un primer intento frustrado de penetrar en el Peloponeso por parte de los Heraclidas y sus seguidores, mandados por un descendiente de Heracles, Hilo. Y refiere que un siglo después del primer fracaso tuvo lugar la conquista del Peloponeso<sup>16</sup>.

El primer intento de invasión del Peloponeso por los dorios es narrado también por Diodoro Sículo<sup>17</sup>. Es éste un detalle que no suele ser desdenado en la exposición de la invasión doria en las distintas versiones, y es realmente importantísimo; por lo menos, tanto como el hecho de que a toda la operación se la denomine «retorno», en griego *káthodos*, palabra con la que se suele aludir al «regreso» de los exiliados a la patria desde el destierro. Es evidente que los Heraclidas, por ser hijos de Heracles, se creen con derecho a ocupar Micenas y Tirin.

<sup>6</sup> TUCÍDIDES I, 12, 3.

<sup>7</sup> PAUSANIAS IV, 3, 3.

<sup>8</sup> VELEYO PATÉRCULO I, 2, 1.

<sup>9</sup> *Iliada* II, 594; 582.

<sup>10</sup> *Odisea* XIX, 175-177.

<sup>11</sup> ESTRABÓN VIII, 362 Kramer.

<sup>12</sup> PÍNDARO: *Píticas* X, 1-3 Snell.

<sup>13</sup> PÍNDARO: *Istmicas* VII, 14-15 Snell.

<sup>14</sup> PÍNDARO: *Píticas* I, 62-66 Snell.

<sup>15</sup> HERÓDOTO I, 56; VI, 52; VIII, 31; IX, 26-27.

<sup>16</sup> HERÓDOTO IX, 26-27; VI, 52.

<sup>17</sup> DIODORO SÍCULO IV, 58, 1-4.

to, el reino de los antepasados del héroe beocio nacido en Tebas<sup>18</sup>. Otro dato que no conviene olvidar es el siguiente: Después del primer intento fallido, los Heraclidas se retiran a Maratón. Esta versión encaja parcialmente con la leyenda transmitida por Hecateo<sup>19</sup>, y confirmada por Diodoro, Pausanias y Apolodoro<sup>20</sup>, según la cual los Heraclidas, perseguidos por Euristeo, se refugiaron en el Atica, concretamente fueron asentados en la llanura de Maratón, en Tricórito, una de las ciudades de la Tetrápolis. Sólo Atenas acogió a los Heraclidas suplicantes, piadoso rasgo de los atenienses que habría de convertirse en insoslayable tema de panegíricos y discursos epitafios<sup>21</sup>. Cuando Euristeo reclama a los atenienses la entrega de sus enemigos, recibe por respuesta una rotunda oposición que termina en violento choque. Según Eurípides<sup>22</sup>, Euristeo, apresado y a punto de ser matado por orden de Alcmena, agradeciendo a los atenienses el favor de haber intercedido por su vida, les promete protección desde la tumba contra toda invasión.

Analizando con atención las leyendas precedentemente expuestas, resulta claro que no puede admitirse que una de las stirpes griegas —los dorios— se haya mantenido alejada desde un principio del resto de los linajes helénicos. Al contrario, las versiones del «retorno de los Heraclidas» insisten fundamentalmente en el hecho de que hasta los dorios acuden al santuario de Delfos; afirman que la conquista definitiva del Peloponeso por parte de los invasores no se logró en el primer intento; incluso hay contactos entre los Heraclidas, los argivos y los atenienses; en una palabra, los invasores del Peloponeso no son los hunos de Atila, sino que se sienten griegos y viven en contacto con los griegos.

A nuestro modo de ver, la motivación profunda de la leyenda del «retorno de los Heraclidas» podría exponerse del siguiente modo:

Desaparecidos los famosos «aqueos» de la leyenda y de la saga homérica, que habitaban en Argó-

lide y Laconia, quedaban dos Acayas, una en la costa norte del Peloponeso y otra en la Ftiótide. Pues bien, cuando los griegos se deciden a trazar su propia historia, unos se consideran autóctonos, como los atenienses y los arcadios, otros debían confesarse procedentes de otras regiones de Grecia, como los dorios del Peloponeso. Ahora bien, en este caso era necesario justificar el derecho a la posesión de los territorios ocupados. Y nada mejor para ello que un «retorno» y un parentesco con el héroe Heracles, ejemplo mítico de la vida andariega consumida en esforzadas empresas. Pero como, además, los dorios eran tan griegos como los que más, su epónimo Doro debería ser —y en efecto lo es— hijo de Heleu, lo que equivalía a decir que procedía de la Ftiótide, donde vivían los *hélenes*, una pequeña tribu asentada al sur de Tesalia, según los poemas homéricos (*Iliada* II, 683 ss.), que en éstas y en otras cuestiones gozaban de una indiscutible autoridad comparable a la de la Biblia y libros sagrados de otras culturas. Y como lógicamente tenían que haber pasado por el istmo de Corinto para llegar al Peloponeso, había que hacerles emigrar desde la Ftiótide hasta la Dóride, una pequeña área de Grecia central donde nace el río Cefiso, que abarcaba la tetrápolis formada por Pindo, Erineo, Boeo y Citinio. La existencia de *Acayas*, ríos *Inacos*, *Heraclidas*, etc., fuera y dentro del Peloponeso daba pie a la gestación de la teoría de una invasión de la Hélade de Norte a Sur y a la vez sugería la leyenda de un «retorno». Es, pues, más que dudosa la hasta ahora tercera fase u oleada de penetración de los indoeuropeos en Grecia.

Otro tanto, pese a lo negativo que pueda parecer tal resultado, parece deducirse de los datos que contemplan y estudian la Arqueología y la Historia Antigua<sup>23</sup>. No puede establecerse relación de causa a efecto entre la llamada «invasión doria», reflejada en la leyenda del «retorno de los Heraclidas», y el derrumbamiento del mundo micénico<sup>24</sup>. No se puede probar a base de testimonios arqueológicos

<sup>18</sup> ESTRABÓN VIII, 3,30; VIII, 4,1; VIII, 5,5; VIII, 6,10; VIII, 7,1; VIII, 8,5; IX, 1,7; X, 2,6; XIII, 1,3; XIV, 2,6; PAUSANIAS IV, 3,3; V, 6,3; APOLODORO: *Biblioteca* II, 7,2-3; V, 6,3.

<sup>19</sup> Citado en *Peri hýpsous* 27.

<sup>20</sup> DIODORO SÍCULO IV, 57; PAUSANIAS I, 32, 6; APOLODORO: *Biblioteca* II, 7,8.

<sup>21</sup> LISIAS: *Epitafio* 11; PLATÓN: *Menéxeno* 229B; ISÓCRATES: *Panegírico* 56, 58, 59-60; *Filipo* 34; *Arquidamo* 42;

*Panatenáico* 194; DEMÓSTENES: *Sobre la corona* 186; *Epitafio* 8.

<sup>22</sup> EURÍPIDES: *Los Heraclidas* 1026 ss.

<sup>23</sup> A. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo 1971. V. R. D'A. DESBOROUGH, *The Greek Dark Ages*, Londres 1972; *Protogeometric Pottery*, Oxford 1952; *The last Mycenaeans and their Successors*, Oxford 1964.

<sup>24</sup> A. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo 1971, 311: «where re-settlement occurs, its predominant characteristics are those of a Mycenaean survival».

la presencia de invasores extranjeros, alienígenas o advenedizos<sup>25</sup> en la Grecia de los años comprendidos entre los siglos XII y X a. J. C. Lo que equivale a negar en buena parte la validez de la leyenda, por cuanto no cabe imaginar una invasión protagonizada por un grupo étnico venido del exterior<sup>26</sup>. En efecto, si bien es indudable que en el período llamado «Heládico reciente III B», hacia el final del siglo XIII a. J. C., más concretamente, Grecia central, el Peloponeso, Creta y las Cícladas experimentaron destrucciones y movimientos de población, lo que hace pensar en una catástrofe o fuerte conmoción (en opinión de R. Carpenter, «el desastre climático»)<sup>27</sup>, la cerámica del Heládico Reciente III C da pruebas de continuidad sin interrupción respecto de los anteriores estadios. Únicamente se observa en ella la aparición de determinados rasgos específicamente de carácter local, que sugieren un desmembramiento del mundo micénico y su fragmentación en una serie de comunidades independientes. Pero eso no nos permite concluir que la destrucción fue causada por un pueblo portador de otros elementos culturales, pues éstos precisamente no aparecen por ningún lado<sup>28</sup>. No hay, por consiguiente, posibilidad de admitir una invasión doria en el sentido tradicional<sup>29</sup>. El mundo micénico, con mermas y menoscabos, sobrevive durante buena parte del siglo XII a. J. C. No hay huellas de invasores procedentes del exterior en la Grecia del período comprendido entre los años 1200 y 1000 a. J. C. Sobre todo, no existe la menor pista que

sugiera la invasión y posterior asentamiento de los conquistadores o invasores. Las innovaciones o transformaciones que se producen entre estas fechas, y, más concretamente, entre 1125 y 1050 a. J. C., afectan a tres áreas culturales fundamentalmente: el sistema funerario, el aprovechamiento y uso de los metales y el campo de la cerámica.

En el primer capítulo —el de los usos funerarios— no es posible asociar la aparición de tumbas de cista con la penetración de poblaciones extranjeras. La variación de los modos funerarios dentro de un mismo cementerio o una misma zona no implica necesariamente una distinción étnica de grupos diferentes de población. En efecto, mientras que este tipo de tumba aparece en zonas ajenas, según la leyenda, a la llamada invasión doria, como por ejemplo, el Atica, no se encuentra, en cambio, en lugares donde la presencia doria resulta innegable, por ejemplo Creta. Como, además, este nuevo sistema de enterramiento existía ya en período premicénico (Heládico Medio) y se mantiene en algunas localidades (Argos, Eleusis) durante todo el Heládico Reciente<sup>30</sup>, resulta antieconómico y, por tanto, desaconsejable, tratar de explicar la aparición de la tumba de cista como resultado de una innovación llevada a Grecia por la estirpe de los dorios, los últimos en llegar a la Hélade.

Algo similar cabe decir respecto de los nuevos usos de los metales, concretamente adopción del hierro para la elaboración de instrumentos corrientes. El desarrollo de esta nueva metalurgia se realiza

<sup>25</sup> A. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, 312: «The hypothesis that the destructions around 1200 were caused by these movements is only possible if linked with another hypothesis: that the Dorians and other immigrants were essentially indistinguishable in their material culture from Mycenaean survivors».

<sup>26</sup> A. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, 312: «... an invasion without invaders...».

<sup>27</sup> R. CARPENTER: *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge 1966.

<sup>28</sup> V. R. D'A. DESBOROUGH: *The last Mycenaean and their Successors*, Oxford 1964, 224: «It could be argued that the culture of the invaders was probably primitive, and anyway far inferior to that of the Mycenaean; their artefacts may for the most part have been of perishable materials, such as wood and leather, and thus no trace would be left of them»; 260: «We know virtually nothing of the original pottery of the invaders... The intruders probably merged with a surviving Mycenaean population whose pottery, however degenerate, was almost bound to be superior to their own (if they did pottery at all); it was natural that they should adopt the superior type of article».

<sup>29</sup> A. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, 312: «Nowhere do we find at this time destructions followed immediately by sign of a new cultural element». V. R. D'A. DESBOROUGH: *The Greek Dark Ages*, Londres 1972, 111: «There is no doubt that the hypothesis of the arrival of newcomers from north-west Greece needs a great deal more solid evidence to support it...».

<sup>30</sup> Cf. J. DESHYES: *Argos. Les fouilles de la Deiras*, París, 1966, 241: «Il apparaît bien maintenant que l'inhumation en tombes individuelles est bien loin d'être exceptionnelle dans la civilisation mycénienne»; 249-50: «En effet, d'une façon générale, Argos semble avoir été, pendant toute la durée de l'époque mycénienne, dépositaire de nombreuses traditions héritées du passé: l'abondance des inhumations individuelles le prouve amplement, car malgré Desborough qui attribue à celles-ci une origine septentrionale, la juxtaposition de sépultures individuelles et collectives caractérise en fait toute la civilisation préhellénique... Enfin, les tombes à ciste elles-mêmes, dont la fréquence constituerait l'un des traits les plus frappants du monde mycénien, présentent en fait, nous l'avons vu, de nombreux antécédents à Argos...».

en diferentes zonas de Grecia de forma simultánea e independiente, lo que excluye toda conjetura sobre la vinculación del empleo y la técnica de este metal a la penetración de un grupo étnico especial y bien diferenciado, sea éste el de los dorios o cualquier otro.

Finalmente, con relación a la cerámica, podemos argumentar de la siguiente forma: la fase llamada submicénica, que da lugar en el Atica hacia 1050 a. J. C. al estilo llamado protogeométrico, se extiende de manera desigual según las regiones. Mientras que el protogeométrico triunfa casi simultáneamente en regiones como Tesalia y la Argólida, en otras, por el contrario, tarda mucho tiempo en ser adaptado ese tipo de cerámica, y hay zonas —como Creta oriental, por ejemplo— que no lo admiten nunca. Así, pues, el nuevo estilo habrá que explicarlo por evolución de los anteriores y posterior difusión gradual de una zona a otra; habrá que aceptar que nace por desarrollo interno del arte de la alfarería de épocas precedentes. Resultaría excesivamente simple e ingenua, a la luz de los datos, la teoría de la aportación de la nueva modalidad artística por parte de un pueblo recién asentado en Grecia.

En consecuencia, no puede establecerse conexión directa entre el fin del mundo micénico y la discutible invasión de los dorios.

Recurrir a las migraciones para explicar cambios culturales o discrepancias dialectales es un expediente excesivamente fácil y por ello escasamente convincente. Es cierto que migraciones, movimientos de pueblos, *Völkerwanderungen*, los ha habido, y que algunas veces no han dejado tras de sí cantidad apreciable de huellas que los confirmen; así, por ejemplo, las migraciones eslavas en la península balcánica<sup>31</sup> que tuvieron lugar entre los siglos VI y VII d. d. C.; pero, aun en este caso, el testimonio de los topónimos y ciertos vestigios permiten ratificar la información literaria acerca de estas invasiones. Ahora bien, de los dorios no ha quedado el más mínimo apoyo que confirme la leyenda del «re-

torno de los Heraclidas» entendida como la invasión de una stirpe griega hasta entonces alejada de las demás. Los dorios han entrado en la escena histórica como personajes mudos y hasta invisibles. Con palabras de John Chadwick<sup>32</sup>, arqueológicamente no existen («archaeologically they do not exist»), y esto es extrañísimo. Es completamente inverosímil que los dorios hayan penetrado en la Argólida —nada menos— y que, sin embargo, en esta región precisamente no se pueda establecer un tajante contraste entre elementos culturales de antes y de después de la pretendida invasión. El estilo protogeométrico surge también en la Argólida como resultado de la evolución del estilo submicénico<sup>33</sup>; es más: parece que mantiene una cierta homogeneidad en un área que se extiende desde Orcómeno, al Norte, hasta Argos, al Sur. Así, pues, ni hay reliquias de una nueva cultura material introducida por los dorios ni queda huella de culto o mito<sup>34</sup> al que se le pueda catalogar como «dórico» ni —como veremos a continuación— la lengua que los dorios utilizaron (el dialecto dórico)<sup>35</sup> contiene rasgos específicos antiguos exclusivos de una modalidad lingüística, como se les atribuye, alejada del resto de las hablas griegas.

Efectivamente, el grupo dialectal dórico u occidental, no posee rasgos específicos que permitan clasificarlo como variedad lingüística propia de una comunidad aislada del resto de sus congéneres, ausente del conjunto social de la Grecia del segundo milenio a. J. C., sino, muy al contrario, presenta todos los síntomas de haber evolucionado al compás del desarrollo de los demás dialectos y en estrecho contacto con éstos.

Como todo dialecto, cuenta con sus arcaísmos, elecciones e innovaciones. Por arcaísmo se entiende la conservación de un rasgo del protogriego; elección es la extensión y generalización de una de las varias posibilidades existentes en el griego común; innovación es la particular evolución diferencial de un rasgo de la lengua madre en un determinado dia-

<sup>31</sup> M. S. HOOD: *An aspect of the Slav invasions of Greece in the early Byzantine period*, «Acta Musei Nationalis Pragae» 20 (1966), 165-71. H. SCHLAGER-D. BLACKMANN-J. SCHÄFER: *Der Hafen von Anthedon mit Beiträgen zur Topographie und Geschichte der Stadt*, «JdI/AA» 83 (1968), 21-102. Cf. «Migration in explanation of culture change» en R. A. CROSSLAND-A. BIRCHALL: *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres 1973, 315-319.

<sup>32</sup> J. CHADWICK: *Who were the Dorians?*, «La parola del passato» 166 (1977), 104. La invasión fue negada ya

por J. BELOCH: *Griechische Geschichte* 2, Berlín-Leipzig 1926, I, 2, 76-96.

<sup>33</sup> V. R. D'A. DESBOROUGH: *Protogeometric Pottery*, 195-8.

<sup>34</sup> R. M. COOK: *The Dorian Invasion*, «Proceedings of the Cambridge Philological Society» 188 (1962), 16-22.

<sup>35</sup> Sobre dialectología griega en general y el dialecto dórico en particular, cf. J. CHADWICK: *The Greek dialects and Greek Pre-history*, «Greece and Rome» 3 (1958), 38-50.

lecto. Pues bien, en dorio hay arcaísmos abundantes: 1) la conservación de  $\bar{a}$ : μάτηρ, δᾶμος, ἄμερα, ψάφισμα, τιμά, πολίτας, ἄμές, μνᾶμα, στάλα, νᾶσος, κλᾶρος, etc., que es común a todos los dialectos excepción hecha del jónico-ático. 2) La conservación del fonema /u/ del protogriego, como puede comprobarse respecto del laconio, por ejemplo, a juzgar por ciertas glosas de Hesíquuo a formas determinadas de este dialecto: τούνη·σύ; οὐδραίνει·ὕδραίνει, etc. Este arcaísmo es compartido por todos los dialectos griegos salvo el jónico-ático.

3) La conservación de *-ti, -nti*: δίδωτι, τετιμάκωντι, φίκατι, διακάτιοι, τριακάτιοι, rasgo que mantienen en común todos los dialectos griegos del primer milenio a. J. C. excepto el jónico-ático, al arcadio-chipriota y el lesbio.

4) La forma pronominal τύ en vez de σύ. Es éste otro arcaísmo que comparten todos los dialectos griegos, exceptuados el jónico-ático y el lesbio.

5) El Nominativo de plural masculino y femenino del pronombre demostrativo —artículo, que en todo el dominio del dialecto dórico, si se exceptúa Creta central, es τοί, ταί. En esta conservación de un rasgo del griego común coincide el dorio con la mayoría de los dialectos griegos; discrepan el jónico-ático, el arcadio-chipriota y el lesbio. Se atestiguan también τοί, y ταί en Homero; en Tesalia, según las zonas, existen τοί, ταί y οί, αί.

6) La tercera persona de singular del imperfecto de indicativo del verbo que significa «ser»: ἦς. Aparece documentada esta forma en inscripciones y textos literarios, y, desde luego, representa el arcaísmo frente a ἦεν, que es, en origen, una tercera persona de plural. Como se encuentra en Alceo y, además, es la única forma que puede responder a los postulados deducibles de la comparación con otras formaciones y la reconstrucción interna, cabe afirmar que fue común a todos los dialectos.

Otros arcaísmos son: la conservación de *s* geminada en formas como ἔσσονται, en lo que el dorio coincide con la totalidad de los dialectos, excluidos el jónico-ático y el arcadio; la conservación de *wau* inicial φίκατι, hasta fechas bastante avanzadas, lo cual es frecuente en varios dialectos (arcadio, beocio, cretense, por ejemplo); el mantenimiento de los diptongos *ei* y *ou* sin monoptongar,

lo que caracteriza a algunos dialectos dóricos y nordoccidentales, pero, que a la vez, es rasgo compartido por otros dialectos no dóricos ni nordoccidentales como el arcadio y el chipriota, por ejemplo. La presencia de nombres de agente (o *nomina agentis*) en -τήρ (ejemplos: ἔγδοτήρ, ἄρμωστήρ, ἀγκριτήρες, διορθωτήρες) frente al proceso del jónico-ático en que el tipo \*δικαστήρ (cf. δικαστήριον) pasó a δικαστής. En este arcaísmo coincide el dorio con todos los demás dialectos griegos salvo el jónico-ático.

Pasamos ahora a las elecciones:

1) En cuanto al uso del verbo λῆν, que parece específicamente dórico, no hay que olvidar que la palabra λῆμα 'voluntad', 'deseo', etimológicamente emparentada con λῆν, no puede ser calificada de voz exclusivamente dórica. Suele relacionarse la raíz de ambas formas con la de términos de claro cariz épico como λιλαίομαι y λελίημαι, y la del comparativo λωίων. Algunos investigadores de estas cuestiones, por el contrario, sugieren que tanto λῆν como λῆμα remontan a una raíz \*wel- en grado cero (*wl-*) con sufijo en grado pleno (*-eH1*); esta raíz \*wel- se localiza también en latín *uelle* y Homero φέλομαι. En cualquiera de los dos casos, es evidente que hay que considerar el empleo del verbo λῆν en dorio como una elección, o el desarrollo generalizado de una opción que brindaba el griego común.

2) El llamado «futuro dórico», —del tipo de délf. Schw. 323 ἀποδειξέω, κλεψέω, συμπραξέω, ταγευσέω; Schw. 325 ὀρκιξέω; cret. Schw. 181, VI, 6 πραξῆται; Teócrito II, 8 βασειῦμαι, etc.—, es otro caso de elección. En un momento dado de la historia de la lengua griega —*s*— y la secuencia —*eo*— se convierten en marcas o morfemas de futuro (así ἐρύκω es presente frente a ἐρύξω, o sea, —*ks*—, que es futuro; νέμω es presente frente a νεμέω, o sea, —*meo*—, que es futuro). Pues bien, el «futuro dórico», que se encuentra también en Homero y en ático (Homero B 393 ἔσσειται; ático πλεουσούμεθα, πνευσεῖται, φευξοῦμαι, χεσεισθαί), no es más que un futuro hipercaracterizado que funde las dos caracterizaciones o marcas morfológicas antes señaladas. Así se explica que en laconio y el dialecto de Heraclea la forma contracta del futuro coexista con la no con-



tracta; en Alcán hay futuros como δώσω y otros de tipo de φασεις; en Heraclia se dan junto a formaciones sigmáticas ἀπάξοντι, κόψοντι, παρήξοντι, κωλύσοντι, ἀράσοντι, ἀποκαταστάσοντι, ἐργάζονται, παρήξονται, καρπεύονται, χρήονται, ἐπιμελήσονται ἔσσονται) otras provistas de los formantes *s* y *-eo-* a un tiempo (κοψεῖ, ἀποκαταστασεῖ, ἐργαξῆται, καρπευῆται, ἔσσηται) <sup>36</sup>.

3) Es otra elección la de los adverbios temporales acabados en *-ka* πότεκα, ὅκα, πῆποκα) Esta marca (*-ka*) de los adverbios temporales en dorio corresponde a la del micénico, jónico-ático y arcadio-chipriota *-te* (πότε, τότε, ὅτε) y a la del lesbio *-ta* (πότα-ἐτέρωτα). En tesalio ante la forma ὅτ' no podemos decidirnos por ὅτα u ὅτε, aunque la primera parece más probable. Como quiera que sea, lo cierto es que en ático al lado de πότε existen muestras de otros dos sufijos en adverbios temporales como εἶτα y αὐτίκα, y en los dialectos occidentales hay adverbios de la misma clase acabados en *-te*.

4) La extensión en buena parte del dominio del griego occidental de la preposición ποτί es, una vez más, un caso de elección. Pues es sabido que en protogriego coexistieron προτί y ποτί como prueban las formas rigurosamente equivalentes del antiguo indio (*práti*) y del avéstico (*paiti*), que proceden respectivamente de *\*próti* y *\*póti* del indoeuropeo. En Homero junto a la preposición προτί existe ποτί. A la primera remontan las formas equivalentes del jónico-ático, lesbio y cretense; a la segunda las del beocio, arcadio-chipriota, dialectos nordoccidentales y, salvo el cretense, todos los dialectos dóricos.

5) En cuanto a las conjunciones condicionales, εἰ, αἰ, ἦ, la primera, εἰ, se atestigua en jónico-ático y en arcadio; ἦ en chipriota y αἰ en todos los demás dialectos, entre los cuales figuran los dorios y

nordoccidentales. Ahora bien, como se trata de elecciones, no es de extrañar que en eleo, donde la conjunción condicional es αἰ, exista también ἦ en la conjunción ἐπή, y en cretense y heracleo convivan αἰ y ἦ <sup>37</sup>.

6) Otro caso de elección es el de la repartición de las preposiciones πεδά y μετά; en micénico ambas coexisten; en el grupo de los dialectos dóricos y nordoccidentales πεδά aparece en argivo, cretense y dialecto de Tera. Hace tiempo ya, Meillet supuso que ambas preposiciones, lejos de excluirse mutuamente, habían figurado una junto a la otra en protogriego <sup>38</sup>.

7) Los futuros y aoristos de los verbos en *-ζω* presentan en dorio *-ξ-* en vez de *-σ-*; ello es, sin duda, un caso de elección (ejemplos: ψαφίξασθαι, ἐμέριξαν, ὀρκιξάτο, ἀπολογιξάσθω, δικάξασθαι, κατασκευάξαι), puesto que algunos dialectos del primer milenio a. J. C. ofrecen ambos tipos, al igual que la lengua homérica, donde decir que los en *-ξ-* son aqueos y los en *-σ-* jonios es emplear inútiles etiquetas. En argivo, que es un dialecto dórico mientras no se demuestre lo contrario, aparecen formas con *-σ-* cuando la sílaba precedente está constituida por una consonante dorsal (gutural) y formas con *-ξ-* en los demás casos; ejemplos: Schw. 109, 32; 109, 34: σχίσας frente a παρενεφάνιξε.

8) La partícula modal κα que caracteriza a los dialectos dóricos y nordoccidentales, y además al beocio, es también resultado de la elección entre varias posibilidades. En efecto, es posible partir de *\*ken / ka / kan* para explicar no sólo κεν, κε y κα, sino también ἄν. Y aun en el caso de que tal propuesta no fuese del todo satisfactoria, la coexistencia de κε y ἄν a un mismo nivel en un determinado dialecto basta para hacer pensar que la distribución de las diferentes partículas modales es un hecho de elección <sup>39</sup>.

<sup>36</sup> Sobre todo ello, cf. A. LÓPEZ EIRE: *En torno a la pérdida de -s- en griego*, «Estudios Clásicos» 64 (1971), 319-331.

<sup>37</sup> Cf. SCHW. 62, 123; 126; SCHW. 179.

<sup>38</sup> A. MEILLET: *Achéen et dorien* πεδά, BSL 31 (1931), 42-44.

<sup>39</sup> Cf. K. FORBES: *The Relations of the particle ἄν*

with κε(ν)κα καν «Glotta» 37 (1958), 179-182. Cf. H. SEILER: reseña a E. A. HAHN: *Subjunctive and Optative*, «Word» 11 (1955), 133: «Moreover the particle [an] is of recent date, not even proto-Greek, since the Aeolic and Doric equivalents are respectively ke and ka». Cf., por el contrario, D. J. N. LEE: *The Modal Particles ἄν, κε(ν), κα*, «AJPh» 88 (1967), 45-57.

9) Una elección que parece antigua es la de la desinencia *-μες* frente a *-μεν*, que separa a los dialectos dóricos y nordoccidentales (*-μες*) del resto de los dialectos (*-μεν*). Ejemplos: Schw. 193, 102 ὀμωμόκαμες; Schw. 227, 282 ἐμβαλοῦμες; Teócrito XV, 15 λέγομες; XV, 42 ἔρωμες. Ambas son reconstruibles en protogriego, pues esa desinencia *-μεσθα* que hasta ahora ha pasado por mera licencia poética frente a *-μεθα*, o, —lo que es aún más inverosímil—, ha sido explicada por analogía con *-σθε*, desinencia de segunda persona del plural, supone, a nuestro entender la existencia de *-μες* junto a *-με* (cf. sánscrito *—ma*). De ahí *-μεσθα* y *-μεθα*. En muchos pasajes de Homero y de los trágicos *-μεσθα* no puede ser explicada por exigencias métricas. De modo que basta señalar por qué junto a *-μες* la forma *-με* pasó a *-μεν*, para que ya tengamos justificadas las dos desinencias de primera persona de plural en protogriego. Es decir, estamos ante un fenómeno de elección, ya que *—me(n)*, *—mes* coexistieron en protogriego.

10) Las terminaciones de infinitivos de voz activa *—n*, *—nai*; *—en*, *—enai*; *—men*, *—menai*, puesto que parece cierto que el infinitivo es una creación ya propiamente griega y no indoeuropea, han sido generalizadas unas por unos dialectos, otras por otros. En los dialectos dorios y nordoccidentales encontramos *—n*, *—en*, *—men*; *—n* aparece en Heraclea, Argólide, Cirene, Creta y otras islas excepto Rodas, en Acaya, Delfos, Lócride, Fócide y en las lenguas poéticas de Alcmán, Píndaro y Teócrito, ejemplos: ἀπέχεν, δικάζεν, ἀνγράφεν, πομπεύεν, τάμεν, πρᾶσεν, etc.; pero se localiza también en Hesíodo, Teognis y en arcadio de Tegea. La segunda terminación mencionada, *—en*, se encuentra en la mayoría de los dialectos griegos: jónico-ático, tesalio de la Tesaliótide, locrio, corintio, megarense, rodio, lesbio, eleo, laconio; ejemplos: λείπειν, παρέχειν, κόπτην, ἀμβρότην, φάρρην, ἔχην. Por último, la terminación *-μεν* se registra en tesalio, beocio y en la mayor parte de los dialectos dorios y nordoccidentales; ejemplos: ἔμμεν, δόμεν, φᾶμεν, ἦμεν, etc. Pues bien, todas y cada una de estas elecciones el grupo dialectal dorio-nordoccidental las comparte con otro u otros dialectos griegos. Examinemos seguidamente las innovaciones.

En dorio no vemos ni una sola innovación no compartida con otro u otros dialectos; carece de innovaciones exclusivas: la flexión de los pronombres personales del tipo de la de ἐμός, etc., la comparte con el beocio; la desinencia *-iv* de dativo de singular de estos mismos pronombres (ἐμίν), con Homero —y aún no se admiten dorisismos en Homero—, el reflexivo del tipo αὐτοσαυτόν se da en beocio y hasta en ático, el paso de *—It—* (*—lth—*) a *—nt—* (*—nth—*), por ejemplo ἐνθεῖν en vez de ἐλθεῖν, ocurre también en arcadio; los alargamientos compensatorios de las dos oleadas se producen en gran número de dialectos aparte de los dóricos y nordoccidentales; ejemplos: primera oleada: ἦναι, εἶναι; segunda oleada: τῶς, τοῦς, -ῶσα, -ουσα, -οισα (Cirene) frente a los arcaísmos τόνς, -ονσα del cretense central, que es precisamente un dialecto dórico; la palatalización de las labiovelares ante *e* es común al dorio y a todos los demás dialectos griegos salvo el lesbio, el tesalio y el beocio. No hablamos de la contracción de vocales ni de la tercera oleada de alargamientos compensatorios, por ser fenómenos bien recientes. En cuanto a los rasgos propios y caracterizadores de los llamados dialectos nordoccidentales, por los que se diferencian del grupo dorio, o bien son arcaísmos (ἐν preposición en vez de εἰς; ἔντε) o bien son elecciones (flexión atemática de los verbos contractos: καλείμενος) o innovaciones recientes (dativos de plural de la tercera declinación en *—ois*, abertura de *—e—* en la secuencia *—er—*: φέρω > φάρω, o *—sth—* > *—st—*: λυσάσθω > λυσάστω). No desaconsejan, por tanto, la fusión del grupo dorio con el nordoccidental.

Así, pues, llega el momento de obtener conclusiones y éstas no pueden ser sino las siguientes:

Es evidente, ante las enumeraciones de arcaísmos, elecciones e innovaciones que preceden, que un dialectólogo no podrá admitir que el dorio se haya configurado como dialecto al margen de los demás, hablado por una comunidad aislada, alejada del mundo propiamente griego. El hecho de que sean numerosas las elecciones y que en las innovaciones coincida siempre por lo menos con un dialecto no dorio, no puede significar más que un contacto desde siempre con las demás hablas griegas y una conformación del dialecto —como era de esperar— no brusca, sino gradual.

En segundo lugar, a favor de que no haya habido invasión doria está el que las innovaciones específicas del grupo dialectal dorio y de los subgrupos (dialectos nordoccidentales, *doris mitior*, *doris severior* y dialectos dorios concretos del primer milenio a. J.C. como el laconio, el argivo, el cretense, el corintio, el megarense, etc.) se explican mejor (y únicamente) situando a sus respectivos hablantes en su lugar propio (*in situ*) desde antiguo y no vagando en impreciso e ininterrumpido peregrinar.

Por último, es importante no olvidar que las innovaciones decisivas en la historia del grupo dialectal dórico-nordoccidental (piénsese, por ejemplo, en los alargamientos compensatorios de la primera oleada o en la palatización de las labiovelares) penetran en él justamente cuando el «pre-jónico-ático» empieza el proceso de sus numerosas innovaciones, y el «pre-arcadio» va adquiriendo también los rasgos típicos de lo que será su característica fisonomía. En efecto, así es: con la aparición de los nuevos fonemas *e* larga cerrada y *o* larga cerrada en

«pre-jónico-ático» empieza a configurarse el verdadero jónico-ático que conocemos; y fue, probablemente, en ese momento cuando se produjo la misma innovación en una parte de los dialectos dorios. Igualmente, cuando tiene lugar el proceso de la palatalización de las labiovelares, hecho de tan importante significación en la historia del dialecto arcadio, hay que suponer estrecho contacto de este dialecto con el grupo dórico, visible también en la identidad de los resultados de la primera oleada de alargamientos compensatorios en arcadio y *doris severior*.

En consecuencia, el dialectólogo no puede aceptar que el dialecto dorio-nordoccidental se haya desarrollado al margen del resto de los demás dialectos griegos. Habrá, pues, que olvidar el «retorno de los Heraclidas» y será necesaria una mayor tolerancia con relación a aquellos versos homéricos<sup>40</sup>, según los cuales, al lado de los eteocretenses y cido nes, cohabitan Creta los aqueos y los dorios.

<sup>40</sup> HOMERO: *Odisea* 19, 172 ss.